

y esta sublime cualidad de nuestra excelsa Madre glorifica á la humanidad en gran manera. ¿Quién ignora, A. H., que con este título de grandeza llaman á María Juan Gerson y los mas célebres doctores de la Iglesia? «nuestra mediadora, la dicen, por cuyas manos ha determinado el Señor dar lo que otorga al género humano:» *mediatrix nostra per cujus manus Deus ordinavit dare ea quæ dat humanæ naturæ*. María por lo tanto ha contribuido eficazmente á aplacar la justa indignacion de Dios contra la raza proscrita y maldecida de Adan. María, solícita por nuestro bien, ha interpuesto sus costosísimos sacrificios para rehabilitarnos en nuestros derechos perdidos á la herencia del cielo. María es la abogada que, volviendo sus ojos de misericordia á nosotros sus hijos, y contemplando nuestra desventura, intercede incesantemente con nuestro Dios para que nos perdone la muchedumbre de nuestros pecados; y de esta manera en María la humanidad es grandemente glorificada, porque el Señor entre otras grandezas le ha concedido la mision de mediadora de los hombres: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

No ignoro que al oirme hablar de esta manera, H. M., no falte quien, habiendo leído alguno de los folletos que con tanta profusion distribuye con poco éxito entre los sencillos la secta protestante en la católica España, en el pueblo predilecto de María, me diga, segun las palabras de un célebre apologista: «Pero entonces ¿á qué viene á reducirse Jesucristo, y qué significaria esta verdad esencial del cristianismo de que no hay sino un solo mediador? Si dais á María un ministerio universalmente mediador, la confundis con nuestro único Mediador Jesucristo, quebrantando así y atacando la integridad del cristianismo. No, no hay que confundir á María con Jesucristo, os diré con el mismo citado escritor, y ved aquí la esplicacion de esta distincion. Es necesario notar que hay dos suertes de mediacion muy fáciles de distinguir, y

que saben muy bien no confundir los talentos mas limitados, pero sencillos: la que trata ó gira sobre nuestra salvacion por via de justicia, de mérito, de redencion, y la que trata de la misma salvacion por via de humildes súplicas, oraciones é intercesion. Todos los cristianos profesan que no hay sino un solo Mediador nuestro en el primer sentido, y es nuestro Señor Jesucristo; porque no hay sino solo Él que haya satisfecho por los pecados del mundo en todo rigor de justicia, y que ofrezca sus méritos á su eterno Padre como precio suficiente por el rescate de todo el linaje humano. Pero la Iglesia reconoce que todos los santos de la tierra y del cielo son nuestros mediadores en el segundo sentido, comprendida la Santísima Virgen; y por esta razon cuando la Iglesia se dirige á Jesucristo, le dice siempre: *misserere nobis* «ten piedad de nosotros;» pero cuando se dirige á María, á los demás santos, dice: *ora pro nobis* «ruega por nosotros;» no reconociendo en ellos sino una mediacion de intercesion que lejos de disminuir la majestad de Jesucristo, la ensalza.» ¿Qué extraño es ya que digamos que María es nuestra mediadora, por cuyas manos quiere el Señor dar lo que otorga al género humano? *mediatrix nostra per cujus manus Deus ordinavit dare ea quæ dat humanæ naturæ*.

Necesitaba la humanidad tambien de un apoyo, de un auxilio eficaz en la tierra, y os he dicho que María Santísima es la dispensadora de las gracias celestiales que son el mas firme sosten en nuestras continuas y apremiantes necesidades; y en este concepto no ha sido menos glorificada la humanidad en María. Llena de gracias esta Señora no hay una que no pueda alcanzarnos, estando en relacion inmediata con la fuente inagotable de todas ellas, y que desde su alma y seno que las recibe, no pueda derramar en nosotros. Así es que oportunamente y con grande justicia se ponen en boca de María estas palabras elocuentes del Eclesiástico: «Pasad á mí todos los que me codiciais y llenaos de mis fru-

tos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y el poseerme mas que la miel y el panal:» *et hereditas mea super mel et favum*. «Ahora ya, ahora puede acercarse á Dios el hombre con segura confianza, dice á este propósito Arnol- do Carnotense, teniendo al Hijo por mediador cerca de su Padre, y á la Madre por mediadora cerca de su Hijo. Jesus enseña su costado y sus llagas al Padre, y María muestra á Jesus su seno y sagrados pechos. Es absolutamente imposible que Dios rehuse lo que se le pide con tantas muestras y caracteres de piedad y misericordia que abogan en nuestro favor mas enérgicamente que las mas elocuentes lenguas.» Y el gran Bossuet añade, que siempre será verdad que habiendo recibido una vez por María el principio universal de la gracia, iremos recibiendo aun y para siempre jamás por esa su mediacion las diversas aplicaciones en todos los estados que componen la vida cristiana.»

Hermanos míos: medita con detencion estas importantes y consoladoras verdades, y sentireis brotar de vuestros corazones los sublimes sentimientos de admiracion, de piedad, de devocion y gratitud que tan justamente reclaman de nosotros la alteza de la dignidad de María y las múltiples manifestaciones de su bondad maternal. En la bajeza y envilecimiento á que la humanidad habia descendido por su orgullo é insensatas pretensiones, necesitaba de una mano amiga y poderosa que la alzase de su postracion. Dios obró con María admirables maravillas en su predestinacion á los altos destinos á que la llamaba y en los dones singulares con que la enriquecia; y quiso que distinciones tan honrosas y singulares sirvieran, no solo para su gloria, sino tambien para gloria de la humanidad. Con esta la puso en relaciones íntimas; y María á su vez ha empleado todo su valimiento en su favor para glorificarla como amiga de Dios, como mediadora con este Señor, y dispensadora generosa de sus favores. Verdaderamente que el cielo ha querido glorificar á la hu-

manidad en la Santísima Virgen, y por esto ha sido necesario que desplegase en su obsequio las magnificencias de su poder, de su sabiduría y de su amor: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

¡Qué poderosos motivos, A. H. M., para que todos «nos consagremos al servicio de María en santidad y en justicia por todos los dias de nuestra vida!» Consideradas sus grandiosas prerogativas y su tierna solicitud por nosotros, con mayor fundamento que los habitantes de Betulia á la viuda de Manasés, podemos decir que nuestra Madre Santísima «es la gloria de Jerusalem, es la verdadera alegría de Israel, es el timbre mas esclarecido, el blason mas preciado de nuestro pueblo, y de la humanidad entera que en Ella ha sido glorificada:» *tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri*. Pues bien; el mayor homenaje que podemos tributar á esta Señora es la observancia y el respeto á los preceptos y prácticas venerandas de la Iglesia á que pertenecemos, para no mancillar con el pecado esa gloria que por medio de María nos ha concedido el Señor, á fin de que, trabajando fructuosamente en nuestra justificacion, y honrando á esta Señora con la práctica de las virtudes cristianas, seamos glorificados en el cielo por toda eternidad.

Que no mancillemos, Madre mia, esa grandeza con que el Señor ha querido glorificarnos en Vos; antes bien, copiando en nosotros las heroicas virtudes con que habeis sido enriquecida, podamos admirar en el cielo la magnificencia de vuestras prerogativas, y al lado vuestro cantar á Dios infinitas alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.

---